



1. Siguen los bloques

AHORA que celebramos los diez años de la caída del muro berlinés, sin que deje de resultar patética la presencia de Gorbachov, merece la pena preguntarse por la existencia o no de los célebres bloques existentes durante la guerra fría. Porque puede que, dada la resistencia del mundo ruso a la aceptación de su evidente nadería en el contexto económico mundial (que es el que realmente decide el futuro), estemos asistiendo a vulgares reminiscencias bloquísticas que no dejan de señalar toda la carcoma ética y moral de este fin de un tiempo.

Que Yeltsin se ha lanzado a una carrera sin orden ni concierto es algo de pura evidencia: desde que, hace años, se subió a un tanque para reclamar su protagonismo salvapatrias, ni se ha bajado del tanque ni da sensación de querer bajarse en momento alguno. Entre tanto, parece contar con el Ejército Ruso y con sus locas ganas de seguir estando presente ante la opinión pública internacional. Los soldados son fundamentales para una Rusia que todavía comunica síntomas soviéticos, síntomas un tanto justificados por la tremenda herida encajada en Afganistán. Y en tales circunstancias, para nada ni nadie halagüeñas, aparecen los guerrilleros islámicos con bases en Chechenia y comienzan a colocar explosivos en territorio ruso. Grave error de tales sujetos. Pero también, relevante situación porque nos ha permitido constatar que los bloques persisten y que las llamadas grandes potencias no están dispuestas a eliminarlos.

Cuando Yeltsin y su primer ministro Putin, de intransigente educación sociopolítica en el mundo de los servicios de información y de represión antiguos y más recientes, cayeron en la cuenta del peligro que significaban los fundamentalistas islámicos, no dudaron un pelo en lanzarse sobre Chechenia en su persecución, a la vez que están consiguiendo dominar el país fronterizo con bota de hierro. Es cierto que había razones para una operación de castigo en persecución de la guerrilla, pero a nadie escapa que se trata de una absoluta barbaridad la invasión en toda regla que se está verificando en esa

zona tan endeble del planeta. A la acción guerrillera, se está respondiendo con la acción más destructiva de los últimos años en el concierto internacional. Han muerto más de tres mil civiles y los heridos, también civiles, alcanzan los cuatro mil.

¿Quién ha dicho de algo? Nadie de nadie. Los Estados Unidos están permitiendo el desarrollo de la auténtica campaña arrasadora como si no fuera con ellos, aunque algo más tarde, cuando los rusos hayan conseguido sus objetivos, comiencen a reclamar paz y misericordia. La Unión Europea, por su parte, está gritando con la boca pequeña porque para nada desea entrar en fricción con los rusos al margen de los ya citados Estados Unidos. Y el resto del mundo calla, con la sola excepción de las ONG de turno, las únicas que están al corriente de los grandes principios que sostienen un mínimo de humanidad. En cuanto a las iglesias, han dicho cosas pero sin el entusiasmo requerido. En el momento de redactar estas líneas, el hecho es que los rusos siguen masacrando Chechenia ante el silencio mundial.

El resto es sencillo, casi de libro. Todos estamos admitiendo que Chechenia es una zona de influencia rusa, es decir, parte del bloque que no tiene más remedio que aceptar al soldado ex soviético como dueño y señor de su vida y hacienda. De la misma forma que los Estados Unidos proceden con respecto a Centroamérica o el Caribe. ¿Que son bloques más pequeñitos? Está claro, pero suficientes para contar con una zona de protección alrededor de las grandes potencias. Ahí, en la zona bloqueada, puede matarse impunemente, porque, como ya hemos indicado, solamente se protestará cuando la campaña iniciada haya conseguido sus objetivos. Cuando, en realidad, todo haya terminado a mayor honra y gloria de los soldados satisfechos y de un Yeltsin/Putin enfatizado desde la victoria que ofrecer al pueblo ruso.

Pues bien, estas cosas también están permitidas desde nuestra España, que está callada por completo. Y así, camina que caminarás, abandonamos este tiempo casi fallecido históricamente y penetramos en otro que necesariamente será una especie de tierra que mana leche y miel. Hay que ver lo soberanamente cínicos que somos. Pura delicia.

P. de P.

2. Testamento de Kubrick

EN 1968, quedamos suspendidos entre las estrellas y esta tierra tan recortadamente nuestra, cuando Stanley Kubrick lanzó a las pantallas del

mundo su *Odissea en el espacio 2001*. Era la intromisión todavía incorrecta y perversa en una dimensión de la ciencia/ficción artística y casi metafísica. También, acabó por invitarnos a viajar, guiados por la profunda voz de «Douglas Rain», hasta el misterioso feto en expansión y el no menos misterioso monolito de un más allá/más acá desconcertante pero atrayente hasta el exceso. Supimos que estábamos proyectados en dimensiones absolutamente desconocidas, a la vez que nos preguntábamos de qué iban exactamente y en qué consistían de verdad. Los simios, mientras lanzaban sus huesos al aire, éramos nosotros mismos, tal vez en una retroacción hacia los orígenes o, por el contrario, en un presagio de cuanto nos esperaba. Para el 2001, Kubrick no presagiaba desastres parabólicos: sencillamente, nos invitaba a plantearnos nada menos que de dónde veníamos, quiénes éramos y, sobre todo, hacia dónde nos dirigíamos.

A los tres años, *La naranja mecánica* reconducía la acción a un siempre misterioso presente, pero en esta ocasión para mostrarnos la pesimista concepción de su punto de vista. Sin darnos cuenta, la sociedad estaba engendrando mecanismos de autoprotección miserables y tecnológicos, desde los que toda libertad humana sería inviable y comenzaría una nueva raza de ciudadanos mostrencos/clónicos en su voluntad. Pero era el 71 y había mucha lana que cardar. Tanto pánico a lo técnico parecía algo exagerado, y los más inteligentes en la interpretación de la película tuvieron que soportar el desprecio de los estetas e ideólogos de turno ante sus llamadas al pesimismo, a la deshumanización más almibarada y a un orden inducido desde el poder absoluto. El fascismo tecnológico como arma de la democracia formal.

Ahora, cuando el 1999 deja paso al cronológico 2000, pero siempre con su miaja de significatividad simbólica, Stanley Kubrick, uno de los diez mejores realizadores de la historia cinematográfica, nos ha dejado una obra póstuma, a manera de testamento definitivo. Se trata de la archipublicitada *Eyes Wide Shut*, jamás traducida para el público español y que bien pudiera titularse en castellano *Ojos cerrados de par en par*. Ahora, el maestro maniático y huidizo se deja de escenarios extraterrestres y de metáforas sociológicas extremas para centrarse en una historia materialmente vinculada con nuestra realidad más cercana, con esa ciudad de Nueva York estricta y precisa, donde una pareja de seres humanos de la alta burguesía profesional, descenderá a los infiernos del matrimonio y del sexo y de la comunicación interpersonal, para sacar conclusiones a todas luces hirientes de corrosivas que son. Es la película más corrosiva de la década de los noventa y, de paso, la invitación más perversa a comenzar un nuevo siglo y un nuevo milenio.

Guionizada por el mismo Kubrick pero también por Arthur Schnitzler,

autor de la novela homónima, la narración cinematográfica sitúa la acción en el presente y no en la Viena de Freud. Una pareja, la formada por el doctor William Harford y su esposa Alice, galerista en paro, dedican tiempo a su pequeña hija, pero sobre todo, ya desde el comienzo, percibimos la fijación en sus relaciones carnales que se extrovierten en cada instante de su vida social. William es un ingenuo, mientras Alice hace gala de una soterrada perversidad pequeñoburguesa. Y así, a lo largo de una noche, William será conducido por el azar de desvelación sexual en desvelación sexual, penetrando en un terreno de perversión, degradación y sospecha, sin que uno solo de sus cerrados principios se mantenga en pie. Cuando retorna al cobijo de Alice, quedaremos perplejos por la reacción de esta mujer extraña y un tanto cínica. Y al intentar nuestro buen doctor recuperar la relación afectiva con la galerista en paro, ella le espetará crudamente que lo importante es empezar a follar, sin más, dejándose de tonterías recurrentes entre parejas. Nótese que este final, materialista donde los haya, lo incorpora el mismo Kubrick al texto de la novela inspiradora, de manera que es la conclusión de todo el cine del realizador magistral. Con perdón, el cine de Kubrick, cuando se acerca ese tiempo del 2000, se cierra en banda con la urgencia de follar.

A uno le parece que *Eyes Wide Shut* no ha recogido la crítica experta que merecía; puede que por haberse caído en el menosprecio de la concreta realización de un clásico puro, de los que ya no se llevan, y puede que por haber trivializado la misma narración en ese descenso a los infiernos. Rodada como los mismos ángeles rodarían, viajando por todas las dimensiones de la sexualidad humana, desvelando la podredumbre de la alta burguesía, haciendo que tengamos presentes las peores de las corrupciones, en fin, sin concesión alguna a cualquier esperanza relamida, Kubrick realiza un fresco espeluznante de la condición humana en este preciso momento histórico. Es cierto que tal visión resulta partidaria y partidista, sobre todo desde el comentado periplo propuesto por el maestro de imágenes locutivas, y por lo tanto para nada quien esto escribe se declara partidario de tal tesis humanística y sociológica. Pero el filme, como testamento, está ahí. Y sería un error grosolano hacerlo desmerecer en su consistencia significativa.

Está claro que lo de menos son unos segundos de desnudo de la pareja protagonista, Tom Cruise y Nicole Kidman. Lo feroz de verdad es la sutileza de la profunda distancia interpersonal que las rompe, el misterio mismo de cuanto les sucede y, sobre todo, ese repaso tremendo a la vivencia sexual de nuestra sociedad. Las predicciones de *Odisea en el espacio 2001* (1968) y el análisis de *La naranja mecánica* (1971), todo ello concluye en las calles neoyorquinas y en un apartamento coquetón, donde asistimos al desastre del

afecto y al hundimiento del cuerpo como transmisor del amor más antropológico. Vale la pena pensárselo. Porque «con tal acento» hemos redactado estas líneas.

P. de P.

3. Limosna con diseño

CONOZCO a un señor, un buen hombre, créanme, que, cada vez que se le acerca un pobre a pedir limosna, le somete a un severo interrogatorio con el fin de no dejarse engañar. Y, si por suerte para el mendicante, el susodicho le suelta un dinerillo, la ayuda va ordinariamente acompañada de un catálogo de recomendaciones para que se la gaste en cosas útiles y necesarias y no la desperdicie en vino o en tabaco. Pretende ejercer así una especie de beneficencia hipotecada. Limosna segura y con diseño.

El planteamiento tiene miga. Empezando por lo del interrogatorio al débil para que no se aproveche del fuerte. So capa de listo –a mí no me engañan– este señor somete a su víctima a un tercer grado infamante en el que el torturador (que eso es en el fondo) no cesa hasta demostrarle al indigente que no ha acudido a los sitios donde oficialmente se resuelve o se mitiga su problema. Porque usted, amigo mío, además de pobre, es un indocumentado. Queda así patente la prepotencia intelectual del sabelotodo, por una parte, y la vagancia del mísero, por otra. Porque esta gente, sépalo bien, no se esfuerza lo más mínimo, se ponen de entrada a pedir, que es lo más fácil.

Agotado el cuestionario, y también el solicitante del socorro, el orondo benefactor, si bien no satisfecho con el resultado de su sangrante encuesta, lo que deja bien claro para que no se piense el menesteroso que le ha tomado el pelo, se compadece al fin de Lázaro, y le larga unas monedas o un billete, si es su día, equivalente a un certificado de hombría de bien para la conciencia del dador y a un aviso contratrampas para el receptor, es decir, el pobre.

Viene luego el mandamiento. No se lo gaste en bebida o en cigarros. Que usted (si no lo ha maltratado ya de tú desde el comienzo) lo que necesita es comida, ropa, o un vale para un baño. Es el momento en que la limosna deja de ser caridad para convertirse en una inversión dirigida. Es como aventar la cometa sin soltar la cuerda. El dinero no pasa nunca a la mano del apurado. No puede hacer con ello lo que le venga en gana. No es realmente suyo. La limosna sigue en poder de quien la dio sin darla. Un verdadero timador, mi buen hombre.

L. U.

Soneto del pastor que tenía miedo a ser

NO te traigo esta noche otra vivencia
que este miedo, Jesús, de haber nacido,
este temblor de hombre, este latido
que es penumbra de ti, honda querencia
del que se siente paso y permanencia.

No te entiendo y te observo amanecido
en mi cueva de tiempo, hecho a mi nido
y a su fugaz hogar de amor y ausencia.

¡Oh qué lumbre te habita en la mirada,
amado Niño del calor primero,
para arropar desnudo cuanto ignoro,

para colmar de asombro este agujero
que es vivir en busca de un tesoro
y no ser Todo hasta abrazar la nada!

Pedro Miguel Lamet